



Guadix, ciudad episcopal

ANTONIO DIAZ-CAÑABATE
MADRID.

LA catedral de Guadix tiene un soberbio emplazamiento, está situada en un altozano desde el que se divisa buena parte de la peregrina vega guadijeña. Un paseo se extiende ante ella, el paseo de los Canónigos. Gran placer tomar el aire por su ámbito. Son las primeras horas de la tarde de un domingo. Ha llovido por la mañana. Se fueron las nubes hasta Sierra Nevada. Está el cielo limpio. La tierra está lavada y empernejada de verdor, como muchacha en traje de fiesta, dorada por los rayos del sol. Estoy solo en el paseo y me siento un canónigo. Ando despacio. Me detengo a menudo. Mis ojos se pierden en el horizonte o se clavan en la fachada de la catedral. Es bueno esto de sentirse canónigo, aunque preciso es reconocer que ya estos prebendados han perdido muchos de los privilegios que les hacían envidiables. En Guadix se respira un aire episcopal y catedralicio.

El obispado de Guadix es el primero que se establece en España. Siete varones apostólicos vinieron a estas tierras a evangelizarlas. Uno de ellos, San Torcuato, fué proclamado su obispo. En aquellos remotos tiempos Guadix se llamaba Acci. Los primeros cristianos sufrieron innumerables y crueles persecuciones. San Torcuato pereció víctima de su fe. La fábrica del actual templo, sede de los obispos, es del siglo XVIII, pero su fundación es mucho más antigua, proviene del 1492, siendo su fundador el cardenal don Pedro González de Mendoza. Agradable templo de sencilla arquitectura, estilo mixto dórico y corintio. La catedral señorea la ciudad.

En estas primeras horas de la tarde dominical su interior está desierto. Penetro en él y me recibe el silencio. La bienvenida del silencio siempre es reconfortante. Un mutismo religioso. Mis pasos los apagan esteras de esparto. La luz que entra por los ventanales no esclarece enteramente las sombras que se agazapan acá y allá. Meandros de sombras como para descansar en su regazo, lugar para comunicarse con Dios. Una muchacha avanza por una de las naves. Se detiene ante una capilla. Se arrodilla. Abre sus brazos. Inclina su cabeza. La muchacha es bella. Realza la hermosura de su rostro las blondas de una mantilla, como ya no se ven más que por aquí, en tierras de Andalucía. Me siento en un banco frente al altar mayor. ¡Qué paz me inunda! Diríase que estoy lejos del mundo. El rezo acude a los labios como una necesidad imperiosa. Sería osado hablar de éxtasis, pero el estado de mi alma era de un intenso y grato sentimiento de bienestar. Unos minutos de felicidad de esos que se recuerdan de pronto, que se presentan sin que nadie los llame y que nos hacen por unos instantes

volver a vivir el momento deleitoso. Cuando abandono la catedral, la muchacha sigue arrodillada, los brazos en cruz, la cabeza inclinada. Junto a ella se ha parado un rayo de sol.

Me pierdo por las calles de Guadix. No sé por dónde voy. No sé adónde voy. He aquí, a mi juicio, la perfecta forma de hacer turismo. Pasearse por una ciudad desconocida es el mejor modo de conocerla. Y por supuesto, no preguntar a nadie nada, y mucho menos consultar una guía. Importa poco saber cómo se llama esta iglesia que nos sale al paso o el nombre del poseedor de esta casona palacial que ha resistido los embates de los años. Guadix no es una ciudad monumental. De su ancestral pasado no quedan restos. Lo que perdura es algo inefable: un aire episcopal, un aire aristocrático. Guadix es una de esas ciudades en las que uno piensa: yo me quedaría a vivir aquí. Y decidido a vivir en Guadix, uno elegiría una casa en la calle de Santiago, que es una calle de las tan andaluzas dotadas de ángel. El ángel no es ni más ni menos que el atractivo y la simpatía. El ángel lo otorga Dios. Los hombres no hacen sino recogerlo. Los hombres a veces—¡ay!, demasiadas veces—lo que hacen es destruirlo. En Guadix hay un ejemplo bien palpable. Poseía una plaza rectangular que era un encanto. Sus casas eran asimétricas, unas altas, otras más bajas, todas con ángel, todas ostentando su personalidad, todas tocadas con la gracia de lo popular. La barbarie roja en nuestra última guerra civil las destruyó. Sólo quedó en pie un rinconcito. La plaza se ha reconstruido con el criterio de la uniformidad fría e inexpresiva. La plaza ha perdido su ángel. Nuestros arquitectos de ahora huyen de lo popular característico como del demonio. España se va uniformando con arreglo a modas y modos extranjeros. No les achaquemos a los arquitectos todas las culpas, sirven lo que les piden, tienen que doblegarse a la cursilería que difunde el cine, que impone una estúpida ansia de modernidad. Los encargan: «Quiero una cosa moderna, ¿sabe usted?» Y surge el esperpento fuera de su sitio, allí donde debería alzarse lo popular, lo vernáculo, lo adecuado al clima, al ambiente, a las costumbres.

A Guadix todavía no ha llegado esta excesiva y exótica modernidad. Aún sus calles conservan su estilo propio, aún por la calle de Santiago y por tantas otras aletea el ángel de las fachadas blancas y los balcones floridos, aún nos sentimos en una ciudad aparte, típica, pintoresca, donde se aspira lo airoso de lo popular señorial. Porque ésta es otra, lo popular siempre encierra señorío, y más que en ninguna otra

parte, en Andalucía, al pie de Sierra Nevada, junto a la Alpujarra, montañas de reyes y reinas de las montañas, que allí, en sus crestas, lucen un perenne bláncor, como si la nieve fuera la cal con que están recubiertas las mansiones de las nubes, el trono de las águilas, los cubículos de los arcángeles y los aposentos de los veneros.

El callejeo por Guadix es gustosísimo, es como la exhibición de un documental cinematográfico con una enorme ventaja sobre éste, la lentitud de su desarrollo, su morosidad en poder apreciar los detalles, la posibilidad de detenerse allí donde nos atraiga algo que nos rinde la admiración. En las calles andaluzas, las casas, lo que pudiéramos llamar la escenografía, cuentan mucho, pero los transeúntes prenden nuestra atención como en una comedia el trabajo de los comediantes. ¡Qué gran raudal de arte el que corre por las calles de Andalucía! Sin disputa el más singular de España. A veces las estremece el drama, en ocasiones triunfa el costumbrismo, más comúnmente el sainete. El gran acierto de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero fué el trasladar este sainete a la literatura escénica. No crearon (como se les motejó) una Andalucía en sus obras. La verdad es que fué Andalucía la que creó sus obras. No fué una creación artificiosa, sino una recreación, un alivio para los sinsabores del vivir. Cabalmente lo que sucede en un paseo por las calles andaluzas. En ellas nos encontramos con el deleite que produce el gracejo que salta de balcón a balcón, de la acera a la calzada, que surge, escondido, entre los tiestos de geranios que se enredan en los barrotes de una reja. Las calles andaluzas son pródigas en tertulias que se agrupan con facilidad y con dificultad se disgregan. Se habla a voces. Se discute con apasionado acento y se ríe con son de bulerías. No es raro el escuchar la copla que acompaña a la faena casera o artesana. Abundan los tipos que atraen nuestras miradas, la mocita garbosa, la vieja que tuvo y retuvo, el mozo pinturero, el viejales que aún gallea, el inconfundible gitano, la gitana que asombra o repele.

Cansado de mi caminata, me derrumbé en un banco de una plazoletilla, y allí estaba ensimismado cuando sacudió mi enajenamiento un disorde vocerío. En la plazoletilla habían irrumpido una gitana, un gitano y un moro. Parecía que andaban enredados en una polémica furiosa. Nada de eso. Hablaban a su manera. Su idioma lo mismo podía ser el «caló» que el árabe. Al divisarme, la gitana se adelantó y me propuso decirme la buenaventura. Sus acompañantes se mantuvieron al paio. Denegué la petición con resultado infructuoso. La gitana insistía con la terque-

dad pedigüeña de su raza. Para alejarla, le di una peseta. Entonces el moro intervino.

—¿Le vendría bien al caballero conocer las cuevas de los gitanos?

Le miré a mi sabor. Era un morazo de una arrogancia magnífica. Por Guadix pululan muchos moros de la más pura morería. Don Pedro Antonio de Alarcón, uno de los más preclaros guadijeños, morazo fué de completa gallardía. Acepté sin dudar la sujerencia. Nos pusimos en camino. Me hablaban los tres a la vez. Apenas les entendía palabra, porque su cháchara era vertiginosa y de muy cerrado acento, cantarín en los gitanos y bronco en el moro. Llegamos al barrio de las cuevas, retirado a corta distancia de la población.

—Va usted a ver la cueva de nuestro rey—me informó la gitana.

La puerta de aquel palacio real despedía llamardas del más vivo carmín. Penetramos en su interior. Nadie nos recibió. Toda la pared frontera a la entrada refulgía de piezas de brillante cobre sobre la blánquísima pared. En el centro de ella, unas cortinas de un intenso azul tapaban el hueco que daba paso a otra habitación. Y por allí apareció el monarca. Pequeño de estatura, enjuto de carnes, de rostro cetrino y apergaminado en el que sobresalían inmaculadas patillas de abundosa capilaridad. Su vestimenta era pulcra. Largo chaquetón holgado y de un corte majestuoso en verdad. Ancha faja multicolor rodeaba su cintura y sujetaba unos pantalones como cortados por el más insigne de los pantaloneros londinenses. Saludó con reverencia exquisita.

—Sea bien venido el caballero a esta su casa. Tome asiento.

Nos sentamos en elegantes sillas de asiento de esparto trenzado. El monarca pidió vino. Lo sirvió una gitanilla, cimbreante y linda. Bebimos con ceremonia. El monarca demandó.

—Niña, la sonanta.

El monarca tomó la guitarra en sus manos y preludió un toque. La gitana que llegó conmigo se arrancó a bailar mientras cantaba su compañero. La gitana bailaba con primor. El gitano cantaba con arte. Volaban los minutos. Trasegábamos el vino sin descanso. Todo se sucedía como un rito. Al cabo de más de dos horas me levanté. El monarca hizo lo propio, e inclinándose, dijo.

—Por ser para usted, quinientas pesetas.

Me quedé de una pieza. Regateamos. Y la cosa quedó en doscientas cincuenta. Ahora, al evocar aquel rato en aquella cueva de Guadix, me arrepiento de mi tacañería. Aquello que vi y oí, en cien duros era barato.

